

« ¿Andrés?
 — ¿Quién me llama?
 — Un hombre.
 — ¿Me conoce?
 — Sí.
 — ¿Qué quiere?
 — Que tenga para tu algibe
 Un privilegio mi gente.
 Me han dicho que tú tan solo
 A tu convento defiendes,
 Y que cejan los villanos
 Y la canalla te teme.
 — Y te han dicho la verdad.
 — Por eso precisamente
 He venido aquí esta noche,
 Por si al cabo empacho tienes
 En dejarme hacer de día
 Lo que de noche no entiende
 Ninguno en el barrio.
 — Hidalgo,
 Si eso trae, errado viene;
 Todos han de tomar agua,
 O nadie absolutamente.
 — ¿Con que contra el rey te opones,
 Que lo contrario te advierte?
 — Yo contra el rey no me opongo,
 Mas cuido mis intereses;
 Y pues por ellos no cuidan
 Siendo inútiles, sus leyes,
 Hombre á hombre, y fuerza á fuerza
 Aquí has de encontrarme siempre.
 Será injusticia y escándalo,
 Será cuanto se quisiere,
 Mas á quien osados cargan
 Necio es, si no se defiende.
 — Hazlo pues.
 — En hora buena,
 Hidalgo, y tened presente
 Que habeis venido á buscarme.
 — Menos hablar y defiéndete. »

Y esto diciendo uno y otro
 A cuchilladas se meten
 Con tanto brio que chispas
 De las espadas encienden.
 El caballero le carga
 Tan fiera y bizarramente,
 Que el hacerle cara el otro
 Hasta milagro parece.
 Dan, vuelven, paran, reciben,
 Ni uno ceja, ni otro cede;
 Andrés con calma y acierto,
 El otro como una sierpe:
 Mas es inútil, el monge
 Es tan diestro y es tan fuerte,
 Que aunque es el hidalgo un hombre
 Que como un tigre revuelve,
 Y cuyo brazo muy pocos

A resistirle se atreven,
 De poco ó nada le sirven
 Lo que sabe y lo que puede.
 Al fin, el monge, mirando
 Que el intento con que viene
 Es tal que mucho pelagra
 Si no se concluye en breve,
 Lanzóle tal multitud
 De tajos y de reveses,
 Que el otro cejó seis pasos
 Diciendo: « ¡Demonio, tente! »
 Túvose Andrés, y el incógnito,
 La mano franca tendiéndole,
 Dijo: « Lo que quieras pídemme,
 Que todo te lo mereces.
 — Yo nada de vos espero.
 ¿Qué podeis vos ofrecerme?
 — A todo por tu valor
 El rey Don Pedro se ofrece.
 — Señor, exclamó el buen monge
 Ante sus plantas rindiéndose,
 Perdonad si anduve osado...
 — Andrés, obraste valiente;
 Concédote lo que quieras
 Para que de mí te acuerdes.
 — Señor, de nuestra agua os pido
 La propiedad solamente.
 — Desde esta noche á los monges
 Anuncia que la poseen. »
 Y tomando el rey Don Pedro
 Por el callejon de enfrente,
 Volvióse al convento el fralle
 Agradecido y alegre.

LAS ESTOCADAS DE NOCHE.

ROMANCE.

I.

Las lágrimas de los ojos
 Disimuladas apenas,
 Mal prendidos los cabellos,
 Mal tocada y mal compuesta,
 Está en un sillón Elvira
 La faz y las manos trémulas,
 Como criminal que incierto
 Visita del juez espera;
 Y los pasos de Don Lope
 Escuchando en la escalera,
 Mas se turba cuando cauta
 En disimular se empeña.
 Entró en la estancia Don Lope,
 Y al apercibirse de ella,
 La dijo con voz pausada
 Entre amorosa y severa:

« ¿Tú lágrimas en los ojos?
 ¡Por los cielos que me admira!
 ¿Quién pudo en ellos, Elvira,
 Herirte con tal rigor?
 ¡Oh! ven, Elvira, á mis brazos,
 Ven á contarme tus duelos,
 Que si no admiten consuelos
 Admitirán vengador.
 La faz escondes turbada,
 La frente pálida inclinas,
 Esas rosas purpurinas
 ¿Quién aja traidor así?
 ¿No me respondes y lloras?
 Pues te obstinas en callarlo
 Ve que acaso averiguarlo
 Me toque despues á mi.
 Pudiera serme un secreto
 Lo que tu labio confiese;
 Mas puede ser que nos pese
 Lo que yo sepa á los dos.
 Pero á través de esa reja
 Han pronunciado tu nombre...
 ¡Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,
 Dilo, ó mueres, ¡vive Dios! »

Así Don Lope diciendo
 Asíola de las muñecas,
 Y entornando la ventana
 Mató de un reves la vela.
 Resistió, mas sujetóla;
 Quiso gritar, mas apenas
 Lanzó una voz, la garganta
 Contra el almohadon la aferra.
 Sonó por segunda vez
 Desde la calle la seña,
 Y con acento fingido
 Dentro Don Lope contesta.
 A poco oyéronse pasos
 De alguno que sube á tientas,
 Con los rotos escalones
 Tropezando en las tinieblas.
 Y en el silencio solemne
 De aquella medrosa escena,
 Del corazón de Don Lope
 Todos los golpes se cuentan.
 Elvira, dijo el que entraba;
 Mas viéndose sin respuesta,
 Volvió á repetir el nombre
 Dentro de la sala mesma.
 Todo allí es sombra y silencio,
 Todo es soledad en ella;
 Solo una chispa encendida
 Dentro del pábilo humea,
 Que no ardiendo sino un punto,
 La lobreguez mas aumenta;
 Y el humo con que se ahoga

Fétido el pábilo deja.
 Las manos tendió adelante,
 Y avanzando así el que llega
 Con el rostro de Don Lope
 En la oscuridad tropieza.
 « ¿Quién va? » preguntó; y su acento
 Siguiendo mano certera,
 De una robusta puñada
 Tendióle de espalda en tierra.
 Asidos ambos á dos
 En la sombra forcejean,
 Y el duro són de la lucha
 Confuso en la sombra suena.
 Y sin duda á ambos importa
 El secreto y la cautela,
 Porque trabajan las manos
 Y se recata la lengua.
 A cóncavos resoplidos
 Ambos los pechos alientan,
 Pero no lanzan los labios
 Una exclamacion siquiera.
 Así, en contados instantes
 Los dos combatientes ruedan,
 Hasta que á verse alcanzaron
 Gente y luces que se acercan.
 Abriéronse las mamparas,
 Y casi en el linde de ellas
 Hallóse un hombre en silencio
 Y embozado hasta las cejas.
 Miróle un punto Don Lope,
 Y vuelto con voz resuelta
 A los que acudieron dijo:
 « Paso; » y ganando las puertas
 Llevósele por delante
 Medio á bien y medio á fuerza.

II.

Negra es la noche, y el cierzo,
 Que en són revoltoso gime,
 Rasgándose en las esquinas
 De miedo la sombra viste.
 Por un callejon estrecho
 Que de pasadizo sirve
 A una iglesia, va Don Lope
 Con el otro que le sigue.
 Al llegar ante de un farol
 Que medio agoniza y vive,
 Colgado en un esquinazo
 Ante un cuadro de la Virgen,
 Túvose bajo él Don Lope,
 Y en voz imperiosa y firme
 Desenvainando la espada
 Esto al incógnito dice:
 « O quién sois ó qué valeis
 He de saber; elegid.
 — Enhorabuena, reñid,
 Que quién soy ya lo vereis.

— ¿No teneis otra disculpa?
 — Vuestro empeño será en vano;
 Las espadas en la mano,
 Entrambos tenemos culpa. »
 Y así diciendo, uno á otro
 Con tal denuedo se embisten
 Que brotan chispas las hojas
 Con los tajos y los quites.
 Ambos en el mismo sitio
 Ninguno vence ó se rinde,
 Ni en uno temor se alcanza
 Ni á otro mas valor asisten
 Segun á la luz incierta
 Desde luego se distinguen
 De entrambos á dos las sombras
 Que en tierra clavadas riñen.
 Mas el rumor temeroso
 De la lucha se percibe,
 Sin que un ¡ay! ni una palabra
 Se oiga en trance tan difícil.
 Dijérase al ver lo inmóviles
 Que ambos en ello persisten,
 Que son dos sombras de un sueño
 Que á alguno en la noche aflige.
 Tal vez de dos enemigos
 Que un mismo ataud dividen,
 Creyéranse las fantasmas
 Que, concibiendo imposible
 Un mismo sudario entrambos
 Ni un mismo lecho partirse,
 Alzáronse despechadas
 En aparicion visible.
 Abrióse en esto una reja,
 Otra á poco se oyó abrirse,
 Luego otras muchas, y luego
 Cerca pasos se perciben.
 Alumbróse de repente
 La calle, y al lejos dicen:
 « Téngase al rey. » Y en un punto
 La justicia les divide.
 Cercáronlos desatentos
 Soldados y ministriles,
 Que al tomarlos los estoques
 Por ellos derechos piden.
 Y tanto crece la zambra
 Y los confusos lelies
 De unos que dicen « soltarles »
 Y otros que « á la cárcel » dicen,
 Que echando mano al embozo
 El que con Don Lope riñe,
 Partió el tropel de por medio
 Y en alientos varoniles
 Gritando « lugar al rey, »
 Hace que á su voz se inclinen
 Cayendo en tierra de hinojos
 Cuantos alcanzan á oírle.
 « Señor... » murmuró Don Lope,
 La faz con rubor humilde,

Y el rey con blanda sonrisa
 Levantándole le dice:
 « Valiente sois, caballero,
 Y en despecho de la ley,
 Supisteis que siendo rey,
 He sido hidalgo primero.
 Libre estais, y afecto os soy:
 Venid mañana á palacio
 Y hablaremos mas á espacio
 De las cuchilladas de hoy.
 Pero no volvais á vella,
 O por infame os tendré,
 Que os juro, Don Lope, á fé
 Que no sabéis quién es ella. »
 Esto dicho, el rey volviése,
 A la ronda se dirige,
 Y ante las rejas de Elvira
 Así en voz alta prosigue:
 « Aquí hay presa de la ley;
 Entrad la casa en mi nombre,
 Y cubrid mi error de hombre
 Con mi justicia de rey. »

EL CABALLERO

DE LA BUENA MEMORIA.

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Perdidas de Villalar
 En la sangrienta jornada
 De los bravos comuneros
 Las últimas esperanzas,
 Sus gavillas por dó quiera
 Rendidas ó derrotadas,
 El arzobispo Merino
 A Toledo gobernaba.
 Doña Maria Padilla
 Aun con briosa arrogancia,
 Digna de mejor fortuna
 Y de mas dichosa causa,
 A pesar del arzobispo
 Y las tropas castellanas
 Teníase con sus gentes
 Defendida en el alcázar.
 Pues en someterse al rey
 Toledo la mas reacia
 Ciudad siendo, á ella acudieron
 De todas partes de España
 Cuantos comuneros fieles
 A su partido quedaban.
 Avivaban en secreto
 Con astucia y con audacia

La fé de Doña Maria
 Y gentes la reclutaban,
 Noticias proporcionándola
 Con dineros y con armas
 Los que en la ciudad vivian
 Y en su fortuna esperaban.
 Distinguíase entre todos
 Doña Elvira de Montadas,
 Fanatizada al extremo
 Por políticas patrañas.
 De la muger de Padilla
 Del valor enamorada
 Otra heroína como ella
 Llegar á ser anhelaba.
 Hermosa y rica, de amantes
 O galanes rodeada,
 Mucho la Elvira podía,
 Mucho la Elvira lograba.
 Despues que muchos prosélitos
 Logró inducir por sus gracias,
 A un mozo rico y gallardo
 Con doble intento escuchaba.
 Era Don Juan de Zamora,
 Mancebo de noble casa,
 Hijo de una noble viuda
 Que en el mancebo adoraba.
 Seguido habia este siempre
 Del emperador la causa,
 Y contra los comuneros
 Combatido en cien batallas.
 Mas ciego de amor por ella,
 Y poco ducho en las cábalas
 De cortesanos amaños,
 En ganarle no dudaba.
 Tan sencilla en otro tiempo
 Como hermosa y como ingrata,
 Esta engañadora sirena,
 Esta fanática dama,
 A Don Pedro de Guzman
 Tenia muy empeñada
 Con mil promesas de amor
 De casamiento palabra.
 Mas de ilustrisimo tronco
 El de Guzman siendo rama,
 Al rey Don Carlos primero
 Asistia en Alemania
 Al servicio de un magnate
 Que iba en boga en la privanza
 Del bizarro emperador,
 Que con su amistad le honraba.
 Así las cosas del mundo
 Se trastornan y se cambian,
 Y así mudan á las gentes
 El tiempo y las circunstancias.
 Don Pedro en la imperial corte
 Del bullicio se cansaba,
 Y se doblaba su amor
 Con el tiempo y la distancia,

Y la distancia y el tiempo
 El de su Elvira menguaba,
 Y el diablo de la politica
 Se apoderaba de su alma.
 A su patria y á su amor
 Guzman con volver soñaba,
 Y ella soñaba quimeras
 De libertad y de patria.
 Él por volver á Toledo
 Y á los piés de su adorada,
 Honor, ambicion y dicha
 Desatinado olvidaba.
 Ella por dar con sus hechos
 A su nombre eterna fama
 Pensaba con necio orgullo
 En quiméricas hazañas.
 Recordaba su hermosura
 Él en ausencia adorándola,
 Y ella olvidaba su amor
 Por quien no se lo estimaba.
 Servíase la Padilla
 Y la gente á ella allegada
 De su influencia en el pueblo,
 De sus amaños y cábalas:
 Y creia ser Elvira
 El faro de su esperanza,
 La fé de sus corazones,
 La alcadesa de su alcázar.
 Creia que á una voz suya
 En la ocasion arriesgada
 Como por Doña Maria,
 Por ella se levantarán.
 Que todos los comuneros
 En el peligro mirándola
 La regia soberanía
 Dividirían entrambas.
 Y en estos sueños de gloria
 La Doña Elvira embriagada
 Perdía cuanto tenia,
 Y las leyes provocaba.
 Así son todos los necios,
 A cuanto ignoran se lanzan;
 Lo que les importa olvidan,
 Y solo el desprecio ganan.

—
 Y mientras en la rebelion
 Ella á Don Juan empeñaba,
 Enamorado Don Pedro
 Se volvía para España.

—
 En oculto gabinete
 De la habitacion de Elvira
 A deshora de la noche
 Con ella Don Juan platica.
 Y aunque él no entienda palabra
 De su enredada política,

Porque la adora fanático,
A cuanto exige se obliga.

D. Elvira. ¿Lo entendéis, Don Juan?

D. Juan. Si á fé.

D. Elvira. Lo entendiera un escolar.

De todo se os ha de dar
El cuándo, el cómo, y porqué.

D. Juan. Yo, Elvira, soy un soldado,
Que entre soldados metido
Nunca otra cosa he sabido
Que combatir como honrado.

Desde muy niño os amé,
Y como os juzgué perdida,

En poner fin á mi vida
Como soldado pensé.

Hoy otra vez me llamais
En secreto á vuestro lado,

Y siento no haber cambiado
De sér como vos cambiais.

¿Qué quereis? Si no sé mas
Que amaros y combatir,

Así me habeis de admitir,
O habeis de volver atrás.

D. Elvira. Así os quiero : que á fé mia
Que cortesanos amores
Son solo amaños traidores
Para vencer algun dia.

Yo os quiero, Don Juan, así,
Porque me basta un galan
A quien servir con afan
Y de algo me sirva á mí.

D. Juan. Cuanto lo hayais meditado,
Cuanto la suerte os ayuda
Está bien claro sin duda :

¿Pero á qué me habeis llamado?
D. Elvira. Bien se conoce, por Dios,
Que sois un soldado bueno :

El plan es, Don Juan, ajeno,
Lo que os manden hareis vos.

D. Juan. ¿Y quereis que yo consienta
Que á la primera demanda...
D. Elvira. Cuando Elvira es quien os
manda,

Obedecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un dia
Cuanto vale y cuanto tiene,
A vos, Don Juan, os conviene
Fiar causa que ella fia.

¿O no la amais?
D. Juan. ¿Por los cielos!
¿Dudarais de mi cariño
Cuando por vos desde niño
Estoy muriendo de zelos?
¿Pensais que la injusta ley
De una opinion me amedrente,
Cuando por vos solamente
Soy desleal á mi rey?

D. Elvira. Así os quiero : así va bien

¿Pensais que sobran ahora
Vuestros castillos de Illora,
De Mentilla y de Jaen?

Vos, Don Juan, sois un valiente
Y un honrado castellano,
Mas no habeis de cortesano
Ni un cabello solamente.

Con que dejaos guiar
Por quien sabe mas que vos,
Y así podremos los dos
Hasta la orilla llegar.

Vuestra madre, ya lo sé,
Con vuestro amor se disgusta.

D. Juan. Sin duda, Elvira, la asusta
Que comprometais mi fé.
Siempre de los comuneros
Fué enemiga.

D. Elvira. Sí, lo ha sido;
Mas ya habeis, Don Juan, salido
De la niñez; y os da fueros
Para obrar á vuestro antojo
La ley.

D. Juan. Sí que me los da :
Mas mi madre...
D. Elvira. Callará

Si logramos nuestro arrojito.
¿Disponéis de mucha gente?

D. Juan. De hasta unas cincuenta lanzas.

D. Elvira. ¿Y son gente de esperanzas?

D. Juan. Aguerrida y obediente.

D. Elvira. ¿Y las teneis muy distantes?

D. Juan. Traerlas mañana puedo.

D. Elvira. Pues cuidado de que en Toledo
No os vean curiosos antes.
No salgais, Don Juan, de dia
Y esperad á mi mandato;
Si pudiera un mentecato
Sospecharlo, nos perdia.
Mas siento gente : aquí entrad.
Espero á un hombre que puede
Cuando todo en sombra quede
Sacaros de la ciudad.
Por esa escala moruna
A una torre vais á dar,
Y allí podeis esperar
Ocasión mas oportuna.

—
Y así diciendo, mostróle
Una entrada Doña Elvira
Por dó guiaba á la torre
La escusada escalerilla.
Y oyendo seña secreta
Que por la opuesta la hacían,
Abrió, y dió paso á un tercero,
Siguiendo la escena misma.
Era el tal un hombre viejo,

Cuyo exterior parecia
De soldado y mercader
Composicion peregrina.
Negra y cumplida una capa
Todo su cuerpo envolvia,
Mostrándose bajo de ella
El espadon de su cinta.
Y nadie acaso mirándole
Asegurar osaria
Si era sangriento bandido
O usurero prestamista :
Pues en su torvo semblante
A un mismo tiempo se pintan
La audacia de bandolero
Y el temor de quien conspira.
Saludó brusco á la dama
Que á adelantarse le invita,
Y plática tal trabóse
Entre aquel hombre y Elvira.

D. Elvira. Entrad.

El hombre. Dios os guarde.

D. Elvira. Gabriel, bien venido.

Venis azorado.

Gabriel. Sí, á fé.

D. Elvira. ¿Qué teneis?

Gabriel. Tal vez no nos pierde por poco
un descuido.

Mas no ha sido nada.

D. Elvira. ¿Por Dios que acabeis!

Gabriel. Apenas volvia la calle tortuosa,
Que entrada secreta nos da al callejon,
La huella de un hombre senti recelosa :

La faz con la capa cubrí á precaucion.

Seguí decidido, mas frente por frente
Con un embozado maldito me di.

Miró, recatéme, seguí indiferente,
Paróse, y á poco volvió tras de mí.

D. Elvira. ¿Dios mio!

Gabriel. Yo astuto, temiendo que un corte
Me diera al camino, la esquina gané;
Hallé apresurado el oculto resorte,
Deshice en la sombra mi sombra y entré.

D. Elvira. ¿Mas no conocisteis...?

Gabriel. Algun hidalguillo
Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar
Con un vinculejo ó mohoso castillo
Y al paso me pudo por otro tomar.

D. Elvira. ¿Mas dar con la puerta pudiera?

Gabriel. Imposible...
Vi que sin sospecha adelante pasó.
¿Mas qué hay de aquel hombre?

D. Elvira. Ya está.
Gabriel. ¿Y es posible

Que fiel...
D. Elvira. Como un muerto.
Gabriel. Tal le quiero yo.

¿Y es hombre...?

D. Elvira. Bizarro.

Gabriel. ¿Su gente?

D. Elvira. Segura.

Gabriel. ¿Y cuándo...?

D. Elvira. Mañana podrá estar aquí,
Con tal que la noche con nieblas oscura
Le ayude al secreto.

Gabriel. Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde...?

D. Elvira. Yo misma.

Gabriel. Adelante.

D. Elvira. Amores me tuvo... niñeces.

Gabriel. ¿Será...?

D. Elvira. Un buen castellano; soldado
ignorante,

Que cuanto amorosa le mande lo hará.

Gabriel. Mirad que los necios...

D. Elvira. Son medios muy buenos
Que pueden á planes ajenos servir,
Y luego se apartan cual muebles ajenos.

Gabriel. Pensais cueradamente, verdad á
decir.

Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano
Seráns la astucia sin fuerza mayor.

D. Elvira. Veréisle, y con maña traedle
á la mano,

Y no olvideis nunca que el cebo es mi amor.

—
Abrió la dama á Don Juan

La puerta dó se escondia,

Y anudóse terciando él

La plática interrumpida.

D. Elvira. Don Juan, llegó ya el momento
De probar vuestra aficion,
Que abriros mi corazon
Esta misma noche intento.
Delante de vos teneis
Quien órdenes os dará
Y las puertas abrirá
A las lanzas que traeis.
Con él lo tratareis todo,
Y pues que sois tan mi amigo,
Tratar con él ó conmigo
Del caso es lo mismo todo.

D. Juan. No hay cosa, señora mia,
Que yo no arriesgue por vos;

Mas pluguérame, por Dios,
Otra mejor compañía.

D. Elvira. Mas si firme en vuestro amor
Como me decís me amais,
Que en sus manos os pongais
Paréceme lo mejor.

D. Juan. Si el fin habeis de ser vos,
Me pongo sin vacilar,
Y si en ello he de pecar
Que me lo perdona Dios.

Gabriel. ¡Santo de él! Razon tenia
La Elvira.) ¿Sabreis decir
En cuánto tiempo venir
Vuestra gente aquí podría?

D. Juan. Dentro de veinte y cuatro horas,
Aunque hubieran de asaltar
Las murallas para entrar.

Gabriel. Como salgan vencedoras
Vuestras lanzas, aseguro
Que podrá cada soldado
Llevar el sable colgado
En cadena de oro puro.

D. Juan. Y no les vendrá muy mal,
Porque las contribuciones
Hacen que de sus raciones
Deba un mes á cada cual.

Gabriel. Dos les daré adelantados,
Y pagaré el que debéis.

D. Juan. Y os juro que bien hareis;
Que dineros dan soldados.

—
Hablaron unos momentos
La dama y el prestamista,
Y volviéronse á Don Juan
Con irónica sonrisa.

Elvira. (A *Gabriel.*) ¿Me entendeis?

Gabriel. (A *Elvira.*) Está muy bien.
¿No os parece á vos, Don Juan,
Que si presa al leon le dan
Tomará la que le den?

D. Juan. De esas razones no entiendo,
Buen viejo, y á todo andar
Yo me ofrezco á pelear,
Lo demas os lo encomiendo.
Y solo una condicion
Pongo.

Gabriel. Podéisla decir.

D. Juan. Es que tengo de reñir
Cara á cara, y no á traicion.

Gabriel. ¡Oh! solo tendreis que hacer
Centinela un poco larga,
Y á lo mas dar una carga
Si es que se osan defender.

D. Juan. Eso sí.

D. Elvira. Y por premio de ello,
Si es que me dejais contenta...

D. Juan. Esa esperanza me alienta,
Con que por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo,
Mas por vos con mi pesar
La vida pensé pasar
Encerrado en mi castillo.
Vuestra aficion cortesana
Maldiciendo, solamente
Sali á lidiar con mi gente
Por no hacer vida holgazana.

No quise ya ver ni oír
Mas que lanzas y caballos,
Y al cabo con mis vasallos
Como soldado morir.
Direis que este amor silvestre
Mejor estorba que obliga,
Mas necesito ó mi amiga,
O mi compañía ecuestre.
Pues en el campo aun muy niño
Os adoré, no os asombre
Que aunque sin ventajas hombre
Aun os conserve cariño.

D. Elvira. Así os amo yo, Don Juan;
Que á la fin me he convencido
Que vos habeis merecido
Solo mi amoroso afan.

Porque el amor cortesano
Es humo si bien presumo,
Y el vuestro es fuego sin humo
Que quema si está cercano.

Gabriel. Vamos, que el tiempo es preciso

D. Elvira. El cielo, Don Juan, os guarde.

D. Juan. ¿Volveré á veros?

D. Elvira. Mas tarde
Para ello os enviaré aviso.
(A *Gabriel.*)

(¿Elegí bien?)

Gabriel. Lo confieso;
De ese tronco se hace el puente,
Y vadeada la corriente
Le arruina su propio peso.

D. Elvira. Cuidado con que se arruine.

Gabriel. Pues yo le he de fabricar,
Ya veis que le he de dejar
De modo que á caer se incline.

Y dando en estas palabras

Fin á tal conversacion,
Salió *Gabriel*, y tras él,
Don Juan Zamora salió.
Aquel soñando quimeras
De política ambicion,
Y estotro soñando hazañas
Para conseguir su amor.
¡Mas cuánto los pensamiento
Del hombre efimeros son!
Un soplo del viento puede
Desbarratar el mejor.

—
Por un estrecho postigo
Que da á oscuro callejon,
De casa de Doña Elvira
Salian ambos á dos
Gabriel y Don Juan Zamora,
Con estrema precaucion,
Para no hacer al salir
Innecesario rumor,
Cuando, volviendo la esquina,

Ante ellos se presentó
Un caballero embozado
Que les dijo en ronca voz:
« Sin pasar mas adelante,
« Muestren, hidalgos, quién son,
« O cuerpo á cuerpo conmigo
« En campo aquí mismo sois. »
Y echando mano al acero
En medio se colocó
Del espacio que dejaba
Entre ellos el callejon.
Entre los tres un momento
Grave silencio reinó,
Que al cabo rompió *Gabriel*
Dando tal contestacion:

« Seais quien fuéreis, buen hombre,
Necio es tal arrojé en vos,
Pues está de parte nuestra
Con la fuerza la razon.

— Caballeros, está dicho,
Repuso el otro: yo estoy
En guardar ese postigo,
Pues interesa á mi honor.

— Ved que os podeis engañar.
— Mirad que conozco yo
Toda la gente que habita
Esta casa; y si no sois
O amigos, ó deudos de ella,
Contrarios en conclusion
Sois míos: con que mostraos,
U os doy por tales sinó.
— Como querais, » Don Juan dijo;
Y asiendo de su espadon
Para el embozado fuése,
Que á tajos le recibió.

Signióle *Gabriel* á poco
Con la pérfida intencion
De embestirle de repente
Fingiéndose mediador.
Mas el caballero incógnito,
Conociendo la traicion,
Y siendo sin duda ducho
En tales lances, se echó
Contra la tapia, quedando
Cara á cara con los dos.

Don Juan se bate hartó bien,
Que es muy diestro reñidor;
Y lo que en seso le falta,
Le sobra en el corazon.
El tiempo de acometerle
Gabriel aguarda traidor,
Cuando le tenga en apuro
De Don Juan la decision.
Mas vano, pese á su astucia,
El intento le salió,
Porque es mucha la destreza
Del osado retador.
Y en el momento en que acaso

Toca cerca la ocasion,
Un buen tajo de reves
La muñeca le alcanzó.
Soltó *Gabriel* un ¡ay! ronco
Al repentino dolor,
Volvió Don Juan la cabeza,
Pero tiempo no le dió
El bravo desconocido
Para entender la razon
De su grito, porque el pecho
Atravesado sintió.
De una distraccion el punto
Aprovechando veloz
Metióse á fondo el incógnito
Y en tierra á Don Juan tendió
Reinó el silencio un momento,
Pero al alarmante són
De los gritos de *Gabriel*
El barrio se alborotó.
Asomaron por las rejas
Ya una antorcha, ya un farol,
Diciendo diversas voces:
« Al asesino. — Al ladrón. »
Y una rápida mirada
Al caballero bastó
Para ver que era Don Juan
Víctima de su valor.
Echóse pues al postigo
Por donde salir los vió,
Mas encontrando cerrado
Por dentro el grueso porton
Y ya de cerca sintiendo
De armas y gentes rumor,
Con rapidez silenciosa
La opuesta esquina ganó.

—
De política aquí, lector querido,
La narracion cansada interrumpamos,
Y del cuento en mis libros prometido
A la historia mas plácida volvamos.
Tan larga introduccion precisa ha sido
Para que desde aquí nos entendamos,
Pues anudado á ello lo restante,
Sigue mi tradicion de aquí adelante.

—
En una granja, que las ondas riegan
Del espumoso Tajo, y dó los daños
De la revuelta popular no llegan,
Doña Inés de Zamora hace dos años
Que vive retirada
De mundanos placeres olvidada.
Viuda de un caballero
De ilustrisima cuna,
Madre no mas de un jóven heredero,
Y dueña de una pródiga fortuna,
Sus bienes administra rectamente,

Y cuida el porvenir del hijo ausente.
Noble matrona de costumbres puras
Y pensamientos graves,
Da gracias al Señor por sus venturas,
Y él de su corazón tiene las llaves :
Y de su hijo el amor tan solamente
Entra en su corazón, vive en su mente.
El hijo, como hidalgo
Y en la opulencia y el poder nacido,
Pues es forzoso que se ocupe en algo,
Sus vasallos valiente ha reunido,
Y en el distrito de su misma tierra
A favor de su rey hace la guerra.
Pérfidas campañas,
Y torpe inesperienza,
Malearon tal vez, hace ya días,
La política fé de su conciencia :
Y acaso indignos de él, necios amores
Le aprestan venideros sinsabores.
Doña Inés no lo ignora,
Y aunque mil veces le advirtió severa
El precipicio adonde va, le adora;
Y de los años y experiencia espera
Que visto de su amor el desatino
Entre de su deber en el camino.
En la fé de sus padres educada
Y ciega lealtad de sus mayores,
Teme que su alma jóven conquistada
Por los principios sea innovadores,
Y engañado su hijo acaso olvide
Lo que su religion y rey le pide.
Y en este embestimiento embebecida
Estaba como siempre, en aposento
De su alquería oculto, y combatida
Tal vez por interior presentimiento,
Cuando dentro escuchó de su alquería
Confuso estruendo, y sorda gritería.
De su fiel mayordomo en tono recio
Oyó la voz que á alguno amenazaba;
Y otra que desconoce, y con desprecio,
A sus justas preguntas contestaba,
Y abriendo de su cámara la puerta,
Salió á ver del rumor la causa cierta.
En los hombros sin capa, sin sombrero
En la cabeza, y agua destilando
De sus ropas, hallóse á un caballero
Con sus fieles sirvientes disputando;
Mas el supuesto de estos desmentía
Su traje militar y gallardía.
« ¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.
— Desventuras, señora,
De un amante infeliz á quien no ayuda
Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,
Respondió el caballero
En tono de dolor, triste y severo.
— Veo que sois hidalgo en vuestro porte
Y arreo militar; mi esposo en vida
Lo fué tambien y frecuentó la corte.

Vuestro afán decid pues, y si salida
Puede dar una dama á vuestro apuro
De mi escaso favor estad seguro.
— A solas ha de ser porque aventuras
De nobles caballeros
No fio mucho yo que esten seguras
En lenguas de pecheros;
Y acaso serán tales
Que á quien me ayude ser podrán fatales.
— Despejad. » Y saliendo de la estancia
Dentro de ella con él á su señora
Dejaron los criados, y á su instancia
Ella volvió diciendo : « Hablad ahora,
Señor soldado; vuestro duelo sepa,
Y fiad en que haré cuanto en mi quepa.
— Señora, oidme pues : há un año largo
Que con mi rey partí para Alemania
Al lado suyo con honroso cargo;
Y una ingrata muger dejé en España
Por quien ciego de amor lloré al partirme,
Jurándola volver al despedirme.
Mas mudóla mi ausencia; y un amigo
Que desde la niñez me fué constante,
Del hecho me escribí como testigo
Que ocupó mi lugar pronto otro amante;
Y que en tramas políticas metida
Su suerte á la política va unida :
Y otras razones mil, señora, escuso,
Pues de vuestra atención veo que abuso.
Volvíme á España enamorado y ciego
De zelos y furor, mas esperando
En volver á encender su amante fuego,
Y aun á mi amigo crédito negando :
Llegué á Toledo, y por los propios ojos
La razon quise ver de mis enojos :
De las nocturnas sombras al abrigo,
Entré en su calle y espí su casa.
Señora, perdonad si esto que os digo
Aun los ojos en lágrimas me arrasa.
— Seguid.
— Vi las ventanas de su cuarto :
Mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.
Las sombras vi cruzar tras los cristales
De un hombre que con ella platicaba,
Y noté para colmo de mis males
Que un embozado la mansion rondaba
Y en ella por postigo entró secreto
Que en mi ausencia se abrió : ¡ay! ¿con qué
objeto?
En un oscuro callejon desiertito
Les esperé gran trecho, y aguardara
Años cabales hasta verle abierto,
Y hasta que tal infamia ver lograra :
Parecieron por fin dos juntamente,
Y atájelos el paso airadamente.
Yo no sé qué les dije, mas fui breve,
Y mi enojo no bien satisfaciendo
(Como á todo un zeloso audaz se atreve)

A estocadas con ambos emprendiendo,
Ya fuera mi razon, ya fuera el arte,
A uno de ellos pasé de parte á parte.
— ¡Desdichado de vos!
— Estoy muy cierto
De que yace sin vida :
Mas las voces del vivo junto al muerto
Trajeron gente, y apelé á la huida.
Mas sin duda mi perfido destino
Les marcó en las tinieblas mi camino.
— ¿Os siguen?
— Sí; corri sin guía alguna;
Pero vi que era inútil mi trabajo,
Y que me abandonaba la fortuna,
Cuando á la orilla me encontré del Tajo.
La justicia detrás y este delante;
Muerte por muerte la elegí al instante.
Al agua me arrojé desesperado,
Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,
Mas al tocarla, en el opuesto lado
Vi llegar de corchetes la cuadrilla.
Por las peñas trepé, y á esta alquería
Llegué por fin. — Tal es la historia mia.
Ahora, si noble sois, si habeis amado
Algun día, señora,
Por cuanto hayais en vida idolatrado
No me desampareis en esta hora;
Ved que es ciega la furia de los zelos,
Y vuestra compasion premien los cielos.
— ¿Al muerto conocéis?
— No.
— Fué un arrojó;
Mas no temais, que si el Señor me auxilia
Salvo sereis, y lograré el enojo
Callar y la razon de su familia.
Venid, voy á ocultaros diligente,
Que tal vez oigo ya rumor de gente.
Dineros os daré con un caballo;
Partid en cuanto partan por opuesto
Camino, y medio tomaré si le hallo
Para apartar de vos fin tan funesto.
Venid; pues que fiais en mi nobleza,
No burlaré por Dios vuestra franqueza. »

Y hablando así la viuda generosa,
En camarín secreto le escondia
Mientras entraba en turba tumultuosa
La justicia del rey, por su alquería.

—
Con grandes voces se meten
Por los cuartos adelante
Los corchetes y ronderos
Con antorchas y con sables.
« ¡Hacia aqui tomó camino!
¡Aqui debió de ampararse!
¡No quede un rincón por verse!
Muchachos, ¡que no se escape! »

Esto en varias direcciones
Se oía por todas partes
Y á pretexto de justicia
Se aprestaban al pillage.
Hormigueaban los curiosos
Y los valientes que salen
A ayudar á los que vencen
Sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
Empezaba á susurrarse
Si son ó no comuneros
Los dueños de aquel parage.
Y ya entre ellos empezaba
El caso á comentariarse
Diciendo que el muerto es noble
Y de las tropas reales,
Y pues que aquí dan amparo
Al que logró asesinarle,
Traidores son y rebeldes
Los que allí capa le hacen.
Y comenzaban con esto
Los villanos á arrimarse
A los objetos que vian
De peso y transporte fácil.
Ya con voces imperiosas
Alborotaba el alcalde
Con lo de « entregarle al rey; »
Cuando de él mismo delante
Por dentro abriendo una puerta
Doña Inés salió á atajarle
Vistiendo luto y cercada
De domésticos y pages.
Al ver su bizarro porte
Y su severo semblante
Tuviéronse respetuosos
Y ella rompió en voces tales :
« ¿Qué busca el rey en mi casa?
¿Porqué tanta gente trae
Cual si fuera mi alquería
Castillo que va á asaltarse?
¿Desde cuándo se acostumbra
Que así á los nobles se trate,
Y en el nombre de las leyes
Sus aposentos se allanen?
La justicia en hora buena,
En nombre del rey, que pase;
Mas los villanos del vulgo
Que se esperen en la calle.
Señor golilla, al momento
Esa gente despejadme,
Porque desde vos abajo
No he de responder á nadie. »
Quedó el alcalde aturdido
De repente al encontrarse
Con una noble matrona
Donde supuso jayanes.
Y haciendo salir la gente
Con ella á solas quedándose,

En tono de desagravio
Empezó por « perdonadme... »
Mas la generosa dama
Interrumpióle la frase
Diciendo : « Oigo á la justicia :
¿Qué tiene el rey que mandarme?
— Un asesino, señora,
Que ha conseguido fugarse
Vadeando el rio, esconderse
Debe por estos parages.
— Supongo que la justicia
Tan poco honor no me hace
Que crea que yo le oculto
Contra el rey por auxiliarle.
— Señora...

— Podeis entrar
Mis cámaras adelante,
Y prender á ese asesino
Donde quiera que le hallareis.
— Me basta vuestra palabra :
Vuestro nombre y vuestra sangre
Conozco, y en quien sois vos
Tamaño crimen no cabe ;
Mas teneis muchos criados ;
Sus aposentos dejadme
Mirar por si alguno de ellos
Es conocedor del lance.
— Todos son criados viejos,
De quien salgo responsable,
Mas cumplid vuestro deber
Como quiera que gustareis.
La casa tiene bodegas,
Y horno, y pajar, y corrales ;
Registrad una por una
Sus divisiones, alcalde. »
Partió el golilla por obra
A ponerlo, y saludándole
Gravemente Doña Inés,
Volvió en su cuarto á encerrarse

—
Mientras abajo el alcalde
La casa revuelve toda
Y registrando las cuadras
Va pasando de una en otra,
Doña Inés, en su aposento
Con el caballero á solas,
De esta manera le dice
Con baja voz cautelosa :
« Tomad, caballero, ese oro,
Que os bastará por ahora
Para poner con la fuga
En cobro vuestra persona.
Un potro abajo os aguarda
Que os sacará en pocas horas
Del alcance de las leyes :
Buscad tierra que os esconda,
Que yo quedo tras de vos.

Mas decidme por la honra
De vuestra fama, ¿le heristeis
En liza leal?

— Señora,
Pedro de Guzman me llamo,
Y nunca en lid alevosa
Tomaron parte Guzmanes.
— Con vuestro nombre me sobra,
Guzman; por un asesino
Preguntaron, y mi boca
No mintió cuando os negaba,
Ni obré de la ley en contra.
— Señora, podeis jurarlo
Sobre las sagradas hojas
Del Evangelio, le he muerto
Cara á cara, y sin dolosa
Estratagema ó ventaja
Que me fuera valedora ;
Dos eran en contra mia ;
Ved si la razon me abona.
— Está bien, y pues la casa
Ya esas gentes abandonan,
Partid por el lado opuesto,
Guzman, y el cielo os acorra.
— Y si algun dia...

— Ya basta,
Partid.
— A Dios pues, señora. »

—
Con una mano en la llave
Y una lámpara en la otra
Delante del caballero
La dama á guiarle pronta,
Envuelta en cumplida capa
La descompuesta persona,
Pronto á seguir el hidalgo
A su noble bienhechora,
Sin movimiento quedaron
Ambos á dos, tumultuosas
Voces oyendo en el patio
Sin que la razon conozcan.
Ayes y gritos de espanto
Y maldiciones rabiosas
Al mismo tiempo escuchaban,
Y conocen que se agolpa
La gente otra vez, pues oyen
De las pisadas monótonas
El rumor que va creciendo
Y del murmullo la ronca
Armonía; y por los vidrios
Ven crecer de las antorchas
La luz que ilumina el patio
Dó pasa la escena incógnita.
« ¿Qué es esto? dijo la dama.
— Sábelo Dios, en voz sorda,
La contestó el caballero,
Presas de angustia recóndita.

— Esperad, » añadió ella ;
Y acudiendo temerosa
A un corredor que da al patio
Por la ventana se asoma.
Dió un grito que heló en las venas
De Guzman su sangre toda,
Diciendo : « Es él... ; hijo mio ! »
La desdichada matrona.
Corrió el caballero ansioso
A la vidriera, y la atónita
Mirada al patio tendiendo
Vió su desventura toda.
En hombros de los criados
De la ancha herida en la boca
Brotando aun la roja sangre,
Yace Don Juan de Zamora,
Y de su trage y su rostro
Por las señas que le toma
Con ojos desencajados
De las inmóviles órbitas,
Reconoce el de Guzman
En el mancebo á quien lloran
El mismo á quien en la calle
Mató por su mano propia.
Cayó en un sillón la viuda
Bajo el dolor que la agobia,
De amargo llanto en los ojos
Con dos abrasadas gotas,
Y de rodillas ante ella
Cayó en silencio en la alfombra
El matador caballero,
Victima á inmolarse pronta.
« ¿Qué haceis? le dijo la dama
Asi mirándole absorta.
— Matadme, » dijo Guzman ;
Y en esta palabra sola
Comprendiendo por entero
Aquella trágica historia,
« ¡ Maldito seas ! » le dijo
La horrorizada matrona.
Duró un momento el silencio
De aquesta escena angustiosa,
Que al fin rompió el caballero
Con voz apenada y cóncava
Diciéndola : « Dios lo quiere :
Cumplid con su ley, señora,
Y entregadme á la justicia,
Pues en sus manos me arroja.
— Sí, sí, repuso la dama
Desatinada y furiosa
Levantándose : es muy justo,
Y cualquier pena es muy corta
Para tamaño delito ;
Caiga en tí su sangre toda. »
Y al corredor dirigióse
Para ponerlo por obra.
Mas tuvo de repente,
Y con calma, aunque en faz torva,

Dijole : « Jamás un noble
Recuerda lo que perdona.
Caballero, levantaos ;
La vista consoladora
De ese santo crucifijo
En el corazon me toca ;
Pues os amparé ignorando
Vuestra culpa y mi congoja,
No es justo que conociéndolas
Os abandone traidora.
En nombre de Jesucristo,
Que dió su vida en el Gólgota
Por salvarnos á los dos,
Id libre, Guzman.

— Señora...
— Id, y que en cuenta me tome
Resolucion tan heróica,
Al llamarme ante su juicio
En mi postrimera hora. »

Atónito el caballero
Quiso hablar, mas imperiosa
Abrió la dama la puerta
Que fuga le brinda cómoda,
Y mostrando con un gesto
Una escalerilla lóbrega,
Tomóla, asiendo la lámpara,
Y el caballero siguióla.

—
Volvió á los pocos momentos
Pálida y acongojada,
Y cayendo arrodillada
Ante la imagen de Dios,
Esclamó, oyendo á Don Pedro
Que escapaba á toda brida :
« Señor, si ese hombre lo olvida,
Tenédmelo en cuenta vos. »

—
Todo lo devora el tiempo :
Todo ; y el bien como el mal,
Como el vicio la virtud
Se hunden en su oscuridad.
Todo se borra y se olvida,
Todo al cabo viene á dar
En la sima del silencio,
En el caos de la edad.
No porque la noble viuda
Pudiera olvidar jamás
Al hijo de sus entrañas,
Al desdichado Don Juan.
No ¡ por Dios ! en su hora última
Luchando el alma tenaz
Por desasirse del cuerpo
Fué este su postrer afan.
Mas del hijo y de la madre
Ninguno respira ya,

Que á aquel le mató Don Pedro
 Y á esta la mató el pesar.
 Mas queda el autor del duelo,
 Y años trascurridos van
 Desde aquella horrible noche;
 Y aquel suceso fatal,
 Y aquel perdon que debió
 Del cielo á la gran piedad,
 ¿Quién sabe si en su memoria
 Borrados al cabo están?
 ¿Quién sabe si los recuerda
 Como una aventura mas
 De su existencia azarosa,
 De su vida militar?
 Tal vez: á la corte vuelto
 Tras largos años Guzman,
 Ni de Toledo se acuerda,
 Ni pensó en volver allá.
 De todo el mundo ignorada
 La mano que oculta audaz
 Causó la muerte de un hombre
 Provocándole á lid tal,
 Preséntase por dó quiera
 Don Pedro, y dó quier que va
 Recibido es cual merece
 Caballero tan cabal.
 Bien mirado por su rey,
 De grandes en amistad,
 Sin mas familia allegada,
 Ni deudos por quien mirar
 Que un mozo de quince abriles,
 Hermano suyo carnal,
 Con buen humor, libre tiempo
 Y oro largo que gastar,
 Se encuentra en el apogeo
 De la dicha mundanal;
 Y dicen los que le tratan:
 ¡Dichoso es el tal Guzman!

Y si no lo es, vive Dios
 Que lo sabe aparentar,
 Porque es la vida que lleva
 Un continuo carnaval.
 Siempre de un festin en otro
 Ya pasando sin cesar:
 O amigos se los aprestan,
 O él á amigos se los da.
 Las damas de mas belleza
 Le quieren por lo galan,
 Los hombres mas envidiosos
 Por lo franco y liberal.
 Nadie tiene mas apuros
 Ni aventuras que contar,
 Nadie mas oro prestado
 Que nunca cobrar podrá;
 Mas nadie tiene un amigo
 Mas sincero y mas leal,

Ni á nadie se halla mas pronto
 En cualquier necesidad.
 Salúdanle los mendigos
 Con silencioso ademan,
 Porque saben ya que en él
 Es no tener el no dar.
 Y como en gastar dineros
 No va nunca mas allá
 De lo que pueden sus rentas,
 Vive sin necesitar
 Pedir lo que dió prestado
 A sus amigos, lo cual
 Hace que eterna le guarden
 Incólume su amistad.
 Envidianle los soldados
 Su brío y porte marcial,
 Y los cortesanos todos
 Su noble afabilidad.
 Recibe su hermano de él
 Educacion bien cabal,
 Mas como la suya propia,
 Educacion militar.
 Las armas y los caballos
 Predileccion especial
 Gozan en ánimo de ambos,
 Y las fiestas de lidiar.
 Los toros son y las cañas
 Su diversion familiar.
 La caza y el ejercicio
 Su remedio universal
 Para matar el fastidio,
 Y el dolor para calmar.
 Y como en tales recreos
 Aliciente es principal
 La compañía de gentes
 De activa jovialidad,
 Todos sus amigos se hacen
 Alegres hasta cansar,
 Y á prestarles compañía
 Todos dispuestos están.
 Don Pedro, que hombre es de mundo
 Y de mente perspicaz,
 Lo ve, lo calla y lo aprecia
 En lo que vale no mas:
 Mas no Don Felix su hermano,
 Que el mundo conoce mal,
 Y aun en la amistad se fia
 Y fia en la lealtad
 De cuantos quieren venderle
 Un cariño fraternal.
 Y aunque sus potros le montan
 Y usan sus armas y van
 A todas partes con él,
 De él dejándose obsequiar,
 Ni interés sospecha en ellos,
 Porque de él es incapaz,
 Ni sus frases con sus obras
 Pondera en balanza igual.

Y este fué su paso en vago,
 Este el impulso no mas
 Que á triste fin le condujo
 Con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,
 Aunque apenas aun le apunta el bozo,
 Es, franco de alma, y de jovial semblante,
 Don Felix de Guzman un bravo mozo.
 Sencillo en el vestir, mas ataviado
 De la corte á la usanza,
 De las damas alcanza
 Tal vez favores, y en secreto amado
 Es de alguna beldad, sin esperanza.
 Tal vez pagado él mismo
 De su belleza juvenil, aspira
 A un imposible amor que loco admira
 A través de dorado idealismo
 Doña Ana de Alarcon, noble doncella,
 Es en su corazon la preferida;
 Mas esta, desdichada cuanto bella,
 A un Milanés muy noble prometida
 Por su familia está, por lazo que ate
 Políticas discordias elegida,
 Aunque la fuerza del dolor la mate.
 Hombre es el Milanés en tramas ducho,
 Y hay quien le juzga de su patria huído,
 Y que ocultos amaños ha traído
 Y en favor de Milan maquina mucho.
 Bien recibido de la corte se halla,
 Gasta con profusion, y que no tiene
 Con el gobierno en sus antojos valla
 Dicen, y se susurra por lo bajo
 Que mucho á España su amistad conviene,
 Aunque cuesta creerlo harto trabajo.
 Don Felix, á quien nadie da pavura,
 Y que en el Milanés ve solamente
 Una cualquier humana criatura,
 Va adelante en su amor, harto imprudente.
 Y prudente anduviera
 Si á sí mismo no mas se lo flara
 Y á su lengua pusiera
 Un candado, que á fé que lo acertara.
 Mas tenia un amigo
 De quien fiaba sus secretos todos,
 Que era de él como eterno compañero
 Sabedor de sus hechos ó testigo.
 Jóven como él, como él sin esperiencia,
 De otros varios fiaba sus secretos
 Y los del buen don Felix. ¡Imprudencia
 A que están muchos jóvenes sujetos!
 Contaba pues sus necios amorios
 É inventaba amorosas aventuras,
 Y entre sus mal traguados desvarios
 Contaba de Don Felix las aventuras;
 Contaba de una dama misteriosa
 Las encubiertas citas,

Y contaba en la noche silenciosa
 Del dichoso Don Felix las visitas.
 Contaba, como él solo
 El compañero de esas citas era,
 Y en la inmediata calle
 Por si lance fatal aconteciera,
 Por acaso ó por dolo,
 Quedaba las espaldas á guardalle.
 Y aunque jamás nombraba la persona
 A quien Don Felix por la reja hablaba,
 En tan nimias señales se paraba
 Que á poco que el discreto discurría
 Por el sitio y las señas que citaba,
 La casa de Doña Ana conocía.
 Y sabedor en tanto del suceso
 A él nada mas, Don Felix suponía,
 Y de franqueza le perdió el esceso.

Que en una lóbrega noche
 En que las nieblas ofuscan
 La opaca luz que la prestan
 Las estrellas y la luna;
 De esas noches en que el aire
 Con sordas ráfagas zumba
 Por las esquinas rasgándose
 Y por las torres agudas;
 De esas noches que parece
 Que en hondo caos sepultan
 Al universo dormido,
 Y el cielo y la tierra enlutan;
 De esas noches que recuerdan
 Las espantosas y absurdas
 Consejas de las nodrizas
 Con que á los niños asustan:
 Noches que traen á la mente
 Los concilios de las brujas,
 Los conjuros de los magos
 Y las sombras insepultas:
 Como tales en silencio,
 A pasos rápidos cruzan
 Don Felix y el necio amigo
 Una callejuela oscura
 De la calle de Doña Ana,
 Y del real palacio junta.
 En silencio van los dos:
 Porque á los dos les ocupan
 Melancólicas ideas,
 Cual no las tuvieron nunca.
 «¿Sabes lo que pienso, Felix?»
 Dijo al pararse en la última
 Esquina el otro.

—¿Qué piensas?

Replicó Felix.

—Que es mucha
 Necedad ir esta noche
 De nuestra Doña Ana en busca.